

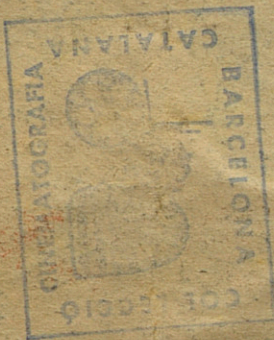
589

הַלְבִּיטִים וְהַ פִּיֶּזֶדוֹ

HARRY
PIEL



25 cts



PIEL, Harry

BIBLIOTECA FILMS

REVISTA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER ♦ "A L A S"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM. 589

* Das Schiff ohne Hafen, 1932
*** EL BUQUE SIN PUERTO**

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran actor

Ingrid **HARRY PIEL**
Lindheim, Trude Berliner
Narración de C. GOTARREDONA

.....
E X C L U S I V A S

INCA FILM, S. A.

Rambla Cataluña, 66 - Teléf. 81000

B A R C E L O N A
.....

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

* Screen "Series" Germany : 283,183

I

En la Jefatura de Policía de Marina, el director paseaba nerviosamente por su despacho. El viejo inspector iba leyendo lentamente una cinta telegráfica que acababa de recibirse:

—Sigue en el mayor misterio el asunto del Buque Fantasma. Anoche nos fué comunicado que navegaba por el Norte. Inmediatamente salió gasolinera con 12 hombres.

Por fin después de una pausa en la que parecía que el director meditaba sus palabras, dijo, encarándose con su subordinado:

—¡Esto es inaudito! ¡Ya estoy harto de tanto fracaso! ¡Es de lo más absurdo, señor inspector, que sus hombres no puedan acabar con esos piratas cobardes!

El inspector tosió, ligeramente picado por aquella alusión a sus hombres. Era un funcionario recto, sabía que los agentes a sus órdenes habían hecho todo lo humanamente posible, y esta censura que le afectaba a

él personalmente sabía, además, cuán injusta era.

—Le aseguro, señor director — balbuceó con su acostumbrada cortedad —, que no ha podido hacer nada. Usted no sabe...

—¡Yo sólo sé que nos estamos poniendo en ridículo! — le interrumpió el jefe—. Ya ha visto usted lo que dicen los periódicos de hoy. Es verdaderamente inaudito que una policía de marina, admirablemente organizada, con personal suficiente y dotada de los elementos necesarios, no pueda nada contra esos piratas.

—Sí, bien; pero la verdad es que hay aquí un misterio... — objetó el viejo.

Estas palabras irritaron aún más al director:

—¿Misterios a estas horas? Aquí no hay más que una realidad tangible, incontrovertible: ¡que no se ha podido dar con ellos! ¡Que sus hombres no son suficientemente aptos para eso!

Sin saber qué objetar a eso, el inspector se ha podido hacer nada. Usted no sabe...

El director había reanudado su paseo y parecía una fiera enjaulada. Después de una larga pausa, se detuvo y exclamó:

—Hay que poner remedio. Quiero salir al paso y cortar por lo sano esas insinuaciones de los periódicos. ¿No tiene usted un

agente capaz de encargarse personalmente del asunto?

El inspector se sobrecogió:

—¿Acaso yo...?—balbuceó tímidamente.

—No es eso — le interrumpió el director.

—Tengo la mayor confianza en usted. Nada tengo que objetar en contra suya. Pero para secundar sus iniciativas y realizarlas, necesitamos un agente perspicaz, un hombre de cualidades excepcionales.

El inspector, ya completamente tranquilizado respecto al particular, meditó unos segundos.

—Sí, hay uno que es capaz de todo, pero de momento no puedo contar con él.

Estas palabras alarmaron al director:

—¿Cómo se entiende eso? ¿Por qué no puede contar con él?

—Muy sencillo — dijo el inspector—. Porque está haciendo el viaje de novios.

No hay dificultades para un director sobre todo cuando se trata de resolver un asunto que afecta a su reputación.

—Pues hágale regresar inmediatamente.

Y se fué dejando al pobre inspector en un mar de confusiones.

II

Sin embargo, contra toda suposición del inspector, Klans Hausen, el formidable agente de Policía Marítima, había ya regresado de su viaje de novios.

Hacía quince días que había contraído matrimonio con la excelente actriz Betty Korff, estrella del Palace, que por unos días se había eclipsado en la constelación del Palacio de las variedades, para brillar solamente para una persona: Klans Hausen.

—Ahora ya estamos de vuelta y nos dejarán pasar tranquilos el resto de las vacaciones — dijo Klans Hausen con la alegría de un chiquillo que hace una mala pasada.

Pero no contaba Hausen con las dificultades que pudieran oponerse a ese bien ganado descanso.

Examinaba Betty un periódico, cuando de pronto preguntó:

—¿No se llamaba Behrend aquel compañero tuyo que vino a la boda?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿No era un buen amigo tuyo?

—¿Cómo *era*? Lo es y seguirá siendo, mientras viva, uno de mis mejores camaradas.



Ayer fué muerto al perseguir el buque fantasma.

—Es que ya no vive — dijo Betty con tristeza.

Hausen quedó sorprendido y la miró estupefacto.

—Ayer fué muerto al perseguir el buque fantasma — añadió Betty.

Esto cambió por completo los propósitos de Klans. No. Mientras sus compañeros estaban dando el pecho al peligro, él no podía permanecer ocioso, en la molicie del hogar,

aun cuando se tenía bien ganado el descanso.

Betty, que ya le conocía sobradamente, tristemente impresionada por la noticia, le dijo:

—¡Quién sabe si el día de mañana te tocará a ti!

Klans se encogió de hombros:

—¡Qué tontería! A mí las balas me respetan.

—Pero eres muy atrevido. Tus compañeros dicen que eres muy temerario.

Después Klans marchó a la Jefatura, donde sus compañeros estaban discutiendo y hablando sobre la nueva aparición del Buque Fantasma y, naturalmente, Martín era el que tenía la palabra.

—Eso es una patraña. Yo demostraré que no son más que una partida de contrabandistas.

—¡Por algo te han endosado el asunto! —dijo uno con sorna.

—Sí, señor, porque me consideran más apto que tú—exclamó Martín—. Nos han fastidiado los fantasmas esos! No deseo más que encontrarme cara a cara con uno de ellos... con la pistola en la mano.

—¿El fantasma?

—No, yo.

Todos se echaron a reír.

—¿Tienes ya alguna pista? — preguntó uno.

Martín sonrió con aire de suficiencia. ¡Claro que tenía una pista! Una pista estupenda y, cuando iba a contarlo, llegó un nuevo agente con noticias.

—¿Sabéis que el inspector mandó llamar a Hausen?

Esto disgustó a Martín, que ya había concebido los mejores proyectos a base de su pista y ahora veía que le quitarían el asunto de las manos. Y, sintiéndose motrificado, dijo:

—Veréis cómo le han mandado volver para encargarle este asunto. ¡Claro! Para él será cosa sencilla. Cuestión de coser y cantar. Klans Hausen es de esos que no hacen más que meter la nariz en un sitio...

—Y ya huelo tus amables flores — dijo la voz de Klans a sus espaldas.

Los compañeros le saludaron con alborozo. Klans era un chico muy apreciado. Martín, que a pesar de sus palabras le profesaba un gran afecto, dijo, abrazándole:

—Sí, sí. Eres el tío de la suerte. ¿Aún no te plantó tu mujer?

—Sólo me puede dejar por uno: por ti —repuso Klans jovialmente—. Mira, te ha traído algo de Venecia, para que veas que se acuerda de ti.

Todos se echaron a reír, al tiempo que

Klans le entregaba una hermosa pitillera de plata con una vista de Venecia, esmaltada en la tapa.

—¡Bonito regalo! — dijo Martín después de examinarlo—. ¡Cuando yo digo que está loquita por mí!

Después Klans fué a entrevistarse con el inspector, el cual, al verle aparecer por la puerta, no daba crédito a sus ojos.

—¡Pero de dónde sales tú! exclamó con alegría.

—¿De dónde voy a salir? Del Paraíso, a donde voy a volver en seguida, porque allí se está muy bien — dijo Klans jovialmente, estrechando la mano que le tendía su jefe. Klans profesaba un sincero afecto a su superior y éste, a su vez, le quería como si fuera su propio hijo. El padre de Klans y él habían sido compañeros y amigos íntimos, de modo que su amistad ya venía de lejos.

—No, no, no... — dijo el inspector—. No te vuelvo a dejar marchar. Ya te habrás enterado de la desgracia de ayer. A Barhend le dejaron acribillado. El director me ha llamado esta mañana y me ha puesto verde. Ahora te necesito más que nunca, Klans.

Pero en este momento llamaron al teléfono. Era la esposa del inspector que no se acordaba de la receta para hacer la salsa mayonesa y él tuvo que dársela.

Klans aprovechó esta oportunidad para marchar.

—Bien: ¿vas a dejarme plantado? — chilló el inspector, tratando de detenerlo.

—No quiero estorbar a mi amigo Martín — dijo Klans desde la puerta, desapareciendo.

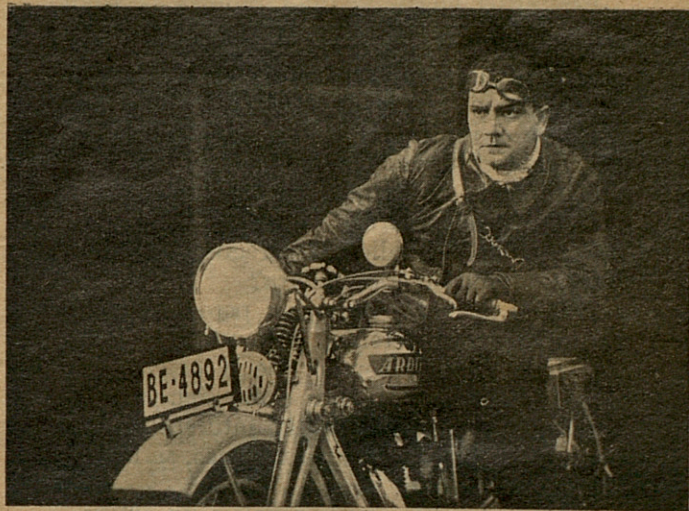
III

Lilly y Klans Hausen, en tiempos remotos, habían sido algo más que amigos, pero de eso ya no se acordaba Klans. Cuando supo que la chica andaba con malas compañías, trató de evitarlo, y poco después Lilly le notificó que estaba dispuesta a marchar a América y ya no se vieron más: estaba persuadido de que había embarcado para Buenos Aires.

Pero he aquí que dos días después de acontecer lo que llevamos narrado, cuando Klans iba a atravesar una calle, se encontró con Lilly, que había mandado parar un taxi. Cuando la chica estaba con la puerta abierta, a punto de montar en el vehículo, la reconoció:

—Oye, oye. ¿Ya no me conoces? — le dijo, cogiéndola por un brazo.

Ella se volvió y no pudo ocultar su turbación.



Klans cogió su motocicleta y se dirigió al punto convenido.

—¡Oh, Klans! ¿Eres tú?

—En cuerpo y alma. ¿Y tú no habías marchado a América?

—No: después lo pensé mejor y me quedé. Sigo viviendo donde antes.

—Bien, bien, Adiós — dijo Klans, ayudándola a subir.

Cuando Lilly iba a montar en el coche, se le cayó el bolso. Klans lo cogió: estaba abierto y por él asomaba una pitillera de

plata con una vista de Venecia en esmalte. Era la pitillera que dos días antes había regalado a Martín. Para comprobarlo, Klans la abrió y vió que efectivamente llevaba impreso en el interior el nombre y la dirección del establecimiento donde la había adquirido. No cabía ninguna duda que era la misma que trajo a Martín.

—¿Quién te la dió? — preguntó a Lilly con una mirada escrutadora?

Ella al principio se turbó; pero, adoptando un aire indiferente, respondió:

—Hace mucho tiempo que la tengo.

—Tú mientes. Mientes como siempre.

Klans conservaba aún la pitillera en la mano. Después de dudarlo un poco, se la devolvió, añadiendo:

—Hace dos días que la regalé a un amigo.

Lilly se encogió de hombros y, adaptando un aire de disgusto, dijo, subiendo al coche:

—Bueno, déjame en paz.

Klans le entregó el objeto a través de la ventanilla, al tiempo que el coche iba a partir.

—Algún día hablaremos de eso, Lilly.

Partió el auto y Klans le siguió con la mirada hasta que se mezcló con los vehículos que a aquella hora llenaban la calle.

Suponía Klans que Lilly había robado la pitillera y por eso no le dió más impor-

tancia al asunto. Pero el hecho entrañaba algo más grave.

Lilly lo sabía y se apresuró a reunirse rápidamente con Jochen, su actual amigo. Llegó a su casa sofocada y, cuando Jochen la interrogó extrañado, ella sólo tuvo fuerzas para decir:

—¡Hausen vió la pitillera! ¡Todo está perdido.

Y le contó lo ocurrido.

—¿Tienes miedo? — le dijo.

Ella respondió que sí.

Klans llegó a su casa muy preocupado. ¿Cómo podía Lilly tener la pitillera de Martín?

Telefoneó a la Jefatura y preguntó por él. Le dijeron que hacía dos días que no iba por allí. Esto le alarmó grandemente y pidió hablar con el inspector, el cual no sólo le confirmó la ausencia de Martín, sino que expresó sus temores de que le hubiera ocurrido algo malo.

—Porque él salió de aquí para una gestión y al cabo de media hora debía estar de vuelta. Sabía que hacía muchísima falta, porque el director nos tenía citados a los dos y aun es la hora que he de volver a verle.

—Tengo la seguridad de que le ha ocurrido algo—afirmó categóricamente el agente.

—¿En qué te fundas?

—No sé; de momento sólo tengo un in-

dicio, pero espero saber pronto algo más. Una cosa, inspector: ¿me autoriza usted para encargarme del asunto del Buque Fantasma?

—¡Pues si no deseo otra cosa, hombre!— exclamó el inspector con alegría.

—Está bien. Desde este momento me encargaré de eso.

IV

Klans empezó inmediatamente sus gestiones. Sabía que una visita al domicilio de Lilly no iba a reportarle nada positivo, pero quiso comprobarlo y se encaminó a su casa. Por el camino iba meditando. Comprendía que el fortuito hallazgo de la pitillera en poder de Lilly entrañaba una cosa grave: tal vez Lilly tenía la clave del Buque Fantasma. Solamente quedaba la posibilidad muy remota de que ella y Martín fuesen amigos, pero, al llegar a casa de ella y saber por la portera que Lilly se había despedido media hora antes, diciendo que dejaba el cuarto libre, le dió la convicción absoluta de que Lilly podía tener un relación muy directa con la desaparición de Martín.

Pero aquella misma noche, mientras ya descansaba de los trabajos del día, el telé-

fono, colocado en su mesita de noche, llamó insistentemente.

Descolgó el aparato. Su mujer dormía a su lado y no se había dado cuenta de nada.

—¡Klans! ¡Klans! — le dijo una voz muy conocida.

—¡Martín! ¿Pero de dónde sales?

—Klans, te necesito, ven corriendo.

—¿Dónde estás?

—Un chico te esperará en el muelle número 2 y te conducirá donde yo me encuentro.

La voz de Martín temblaba.

—¿Estás temblando? ¿Qué te pasa, di?

Pero la comunicación se cerró y Klans ya no pudo obtener respuesta.

Klans meditó un momento. Era cosa de obrar rápidamente. No cabía duda que a Martín le ocurría algo grave.

El valeroso agente era un hombre reflexivo y prudente y obraba con cautela. En unos segundos dispuso su plan.

Media hora después, Klans Hausen encontraba a lo largo del muelle número 2 un chico de unos doce años, al que se dió a conocer. El niño hizo un gesto de inteligencia y lo condujo, a través del laberinto de los buques amarrados en el puerto, hacia uno determinado, cuya plancha atravesó. Klans le siguió.

De la cámara de popa del barco salió una voz desconocida, invitándole a bajar.

Klans obedeció.

La cámara estaba iluminada por un farol de aceite que a duras penas lograba disipar las sombras. Un hombre alto y fuerte se hallaba de pie ante la escalera.

—¿Dónde está mi amigo Martín? — preguntó secamente, dándose cuenta de que se le preparaba una emboscada.

—Para hablar de él, le hice venir—respondió el desconocido, indicándole con un gesto que se sentase, al propio tiempo que él ocupaba un sitio opuesto en la mesa.

—¿Dónde está Martín?

—Cálmese, señor Hausen, cálmese.

Klans se sacó una pitillera del bolsillo y, recobrando toda su calma, sacó y encendió un cigarrillo, conservando la pitillera entre las manos.

—Tengo que decirle — añadió el otro — que si no quiere correr la suerte de su amigo, no se meta en mis asuntos.

—¿Y qué suerte ha corrido mi amigo? — preguntó Klans.

—De momento sólo le puedo decir que está muy bien guardado.

Klans hizo presión con el dedo en su resorte de la pitillera y apareció como por ensalmo de su doble fondo una minúscula pistola.



Los dos hombres se encontraron frente a frente.

—¡Dese preso! — dijo Klans, empuñando el arma y levantándose precipitadamente.

Por lo visto el otro ya lo esperaba y, antes de que Klans pudiera evitarlo, se sacó un arma y disparó contra el farol. La cámara quedó sumida en la mayor oscuridad.

Transcurrió un momento de angustioso silencio. Sólo se veía la lumbre del cigarrillo de Klans. Sonó un disparo. Después otro. El cigarrillo cayó al suelo y se oyó el ruido

de un cuerpo al caer sobre las tablas. Después se encendió la luz y el desconocido, que era el que había dado vuelta al conmutador, sintió la presión de la pistola de Klans sobre sus riñones.

Lo ocurrido era simplemente que, al apagarse la luz, Klans había pegado su pitillo en uno de los paños de la cámara y el desconocido disparó hacia aquel sitio, hasta creer que Klans había caído herido.

—Pronto te acostumbrarás a llevar pulsera — dijo Klans después de ponerle las esposas en un santiamén.

La pistola del desconocido había caído en el suelo, junto a la puerta. Klans se asomó a la escalera e hizo sonar su timbre de alarma. Al volverse vió a Lilly que acababa de abrir la puerta, inclinada, tratando de coger el arma.

Klans le puso el pie encima y cogió a Lilly por los hombros.

—No hagas tonterías y escóndete que no quiero que mi gente te vea.

—¡Yo le quiero, Klans, y no debes quitármelo! — dijo, señalando al detenido que no era otro que Jochen.

Afuera se oían ya los pasos de los agentes y Klans la empujó hacia el departamento contiguo y cerró la puerta.

V

El inspector no cabía en sí de gozo. Nada menos que ya tenían la clave del famoso asunto del Buque Fantasma, aunque el detenido permanecía silencioso, obstinándose en callar.

—¿Usted sabe algo del vapor Gaviota? — dijo Klans llegando con unos papeles de archivo.

El detenido le miró aviesamente y se encogió de hombros, pero estaba visiblemente turbado.

—El vapor "Sorberg" llevaba un importante cargamento de oro y se hundió en circunstancias misteriosas, pereciendo toda la tripulación, ¿se acuerda usted? El vapor "Sorberg" no dejó rastro y no se sabe del sitio donde ocurrió el naufragio y, por tanto, del valioso tesoro que había en sus bodegas, ¿se acuerda?

—Yo no sé nada — exclamó el detenido.

—Debe acordarse. Usted era el timonel del "Sorberg". Fué el único superviviente y no se presentó a las autoridades para no decir el sitio donde se perdió el buque. Ahora voy a demostrárselo.

Hablaban minutos después Klans y el

inspector, cuando se presentó el agente Bach.

—Es un pájaro de cuidado.

—¿Por qué? — preguntó Klans.

—Porque me ha ofrecido dinero si le dejaba fugarse.

—Acéptalo, hombre. Es un buen negocio — dijo Klans.

—Oye, Klans, ¿tú te has vuelto loco?

—No, la cosa es bien sencilla — explicó Klans—. Bach, acepta el dinero, le dejamos escapar y yo le sigo la pista.

—¿Para qué?—dijo el inspector sin comprender lo que se proponía Klans.

—Mire usted — exclamó él—. Ese Buque Fantasma sólo tiene una finalidad: la de sacar el oro del "Sorberg". Ahora ya no me cabe ninguna duda acerca de la verdadera personalidad del detenido. Solamente nos falta dar con el Buque Fantasma y eso sólo lo podremos lograr valiéndonos de una estratagema. ¿Lo comprende usted ahora?

El inspector estuvo perfectamente de acuerdo con el plan de Klans y la cosa se realizó satisfactoriamente. Bach fué a hablar con Jochen y, sin que éste pudiera sospechar nada, le escribió una carta para que Lilly le entregara la cantidad convenida y se pusiera con él de acuerdo para la huida.

Jochen tenía que ser trasladado aquel mismo día a la cárcel. Bach tenía que hacer la conducción y en un sitio determinado —

donde Klans estaría apostado — le dejaría marchar. Lilly le esperaría allí en un auto y con ella podría realizar la segunda parte de su fuga.

Klans llegó a su casa con miedo, porque sabía que Betty estaría disgustada con él por haberla dejado abandonada la noche antes. Pero se excusó lo mejor que pudo y le dijo que tenía que ausentarse por dos o tres días.

—Pero sabes que mañana es mi debut y me habías prometido acompañarme.

—Te aseguro que pasado mañana ya estaré de vuelta.

—¿Seguro?

—¡Y tan seguro!

La cosa ya estaba resuelta. Klans telefonó al inspector, el cual le dijo que el auto ya estaba a punto de partir. El agente cogió su motocicleta y se dirigió al punto convenido.

La fuga se realizó satisfactoriamente. Klans, desde un punto estratégico, vió un auto que supuso sería el de Lilly. Después oyó el ruido del coche de la Jefatura y vió cómo Jochen se tiraba en plena carrera y huía hacia el auto de Lilly que inmediatamente se puso en marcha.

Jochen y Lilly iban en la parte delantera bien ajenos de la persecución de Klans.

—Ahora yo me encargaré de vigilar a Hausen. Es un mal bicho que puede perjudicarnos mucho — dijo él.

VI

La persecución a través de la ciudad y a lo largo del espigón no fué difícil. Las cosas estaban admirablemente combinadas: una gasolinera preparada al efecto, aguardaba al fugitivo, el cual se dispidió de Lilly y embarcó en ella.

Gracias a sus admirables dotes acrobáticas, Klans pudo embarcar sin ser visto en la gasolinera y esconderse convenientemente.

Navegaron varias horas hacia alta mar. Klans, desde su escondrijo, tomaba nota del rumbo que seguían, valiéndose de una brújula de bolsillo.

Por fin llegaron a su destino. Entre las rendijas, Klans pudo ver un gran buque de vela de cuatro palos. ¡Este era el famoso buque fantasma! ¡Quién sabe si allí estaba encerrado en su bodega su amigo Martín!

Arrimó la gasolinera a la escala y tanto Jochen como el patrón subieron a bordo del buque.

Klans había quedado encerrado sin querer en su escondrijo y ahora luchaba para salir de lo que para él se había convertido en una ratonera.

En tanto Jochen era recibido por sus com-



Belly lanzó un grito.

pañeros con aclamaciones. La noticia de su detención ya había llegado al buque horas antes, de modo que su llegada fué saludada con alegría.

Sin hacer caso de la marinería, se dirigió a la cámara donde se hallaban reunidos sus segundos en torno de la mesa.

—¿Qué? ¿Cómo se está en la cárcel? — dijo el buzo bromeando.

—Parece que te ha sentado bien — añadió el patrón.

—¡Pues haberse quedado! — dijo el buzo.

Pero Jochen no estaba para bromas. Tenía otras preocupaciones.

—¿Cómo está el policía? — preguntó al patrón, al tiempo que se sentaba.

—No te diré que como en el Hotel Ritz, pero, vaya, no puede quejarse.

—Traedlo aquí en seguida.

Uno de ellos, el contraamaestre, salió en busca de Martín. Este se hallaba encerrado en una pieza de la bodega. En dos días el pobre Martín había cambiado completamente.

—Ven conmigo — le dijo el contraamaestre.

Martín le siguió y poco después se halló en presencia el jefe de la banda.

—Te he hecho venir, porque quiero que me digas cuándo sale la patrulla de Cabo Roben.

Martín, que en ningún momento de su vida había perdido el aplomo, se sonrió sarcásticamente.

—¿Creéis que yo voy a soplar nada? ¡Estáis equivocados? ¡No abriré el pico, canallas!

En un acceso de furor Jochen iba a abalanzarse sobre él, pero el patrón lo contuvo. Martín, al ver la intención del jefe, también

hizo ademán de agredirlo, pero dos marineros le contuvieron y, cogiéndole por los brazos, se lo llevaron casi a rastras.

—¡No abriré el pico! ¡No abriré el pico! — decía Martín mientras se lo llevaban.

—¡Pues yo te abriré la cabeza! — murmuró Jochen, sirviéndose una copa de ginebra.

Al conducirle por primera vez a la cámara, Martín había visto al pie de la escala, adosada a la banda del buque, la gasolinera que momentos antes había conducido a Jochen. Rápidamente hizo su plan: a la vuelta trataría de saltar a ella e intentaría huir. La empresa era arriesgada, pero no imposible.

Sus guardianes iban desprevenidos y, al pasar junto a la escala, Martín pudo desasirse fácilmente de ellos y ganar la barca. Iba ya a poner en marcha el motor, cuando vió a Klans asomando la cabeza por su escondrijo, que le ordenaba con energía:

—¡Déjate coger! ¡Déjate coger!

Martín comprendió y, cuando saltaron a la barca dos marineros, no opuso la menor resistencia. Se lo llevaron y volvieron a encerrarle de nuevo en su celda.

Klans ya había podido abrir la ratonera. Ahora sólo era cuestión de saltar al buque sin ser visto.

VII

—La cosa va bien — dijo Jochen a sus cómplices.

—Sí, pero la cosa nos ha costado lo suyo — añadió el patrón.

—Ahora es cuestión de bajar al fondo del mar, perforar la bodega y extraer los lingotes de oro. Podemos hacerlo todo durante esta noche y mañana haremos el reparto.

Mientras en la cámara se hacían estos preparativos, en la pieza donde tenían cerrado a Martín, éste y Klans Hausen hablaban en voz baja. A Klans le había sido fácil dar con el paradero de su compañero.

—¿Cómo viniste? — pregunta Martín.

—Con la lancha — respondió Klans lacónicamente, mientras depositaba encima de la mesa un cajón que parecía una máquina de retratar.

—¿Vas a sacarme una fotografía? — dijo Martín irónicamente.

—¿Sabes la posición exacta de este buque? — preguntó Klans.

—Creo que estamos cerca del Faro Rojo.

Klans abrió una tapa del cajoncito y lo mostró a su amigo: era una jaula con una paloma mensajera.

—Como ves, hay un hombre previsor — explicó Klans—. Me he traído esta mensajera que ahora soltaremos con un papel escrito, para que vaya volando al palomar del semáforo del Faro Rojo.

—¡Buena idea! — exclamó Martín comprendiendo.

Klans escribió unas palabras en letra casi microscópicamente y, mientras arrollaba el papel y lo ponía en el interior de un tubito de celuloide, decía:

—Como ves, mi emisora es estupenda.

—Ahora depende todo de ti, preciosa. Y la soltaron.

Vieron la paloma describía unas graciosas curvas en el aire. El inteligente pájaro se orientaba y poco después re remontó, enfilando la dirección del Faro Rojo.

Los agentes habían previsto que la paloma tardaría una media hora en llegar a su destino.

En efecto: llegó sin contratiempo al palomar y el empleado encargado del mismo recogió la nota de Klans y la transmitió.

Rápidamente se prepararon las dos embarcaciones más veloces del puerto, que salieron a todo vapor con buen número de gente en la dirección anotada por Klans.

¡Iba a librarse la batalla definitiva contra el Buque Fantasma!

VIII

—Ya es hora — dijo Klans.

—¡Animo, valor y miedo! — respondió Martín, disponiéndose a seguirle.

—Apostaría que estamos encima del "Sorberg" y que esos piratas están sacando los lingotes de oro con un buzo.

Llegaron fácilmente a cubierta. La noche era oscura.

—Las lanchas ya deben estar a la vista del buque — dijo Klans.

—No las veo.

—Deben ir con las luces apagadas — indicó Klans.

Los dos subieron por unas escalas a las jarcias.

—Ahora tengo que disparar el cohete de alarma — dijo Klans.

—Yo me quedaré más abajo haciendo guardia — indicó Martín.

En la oscura noche sonó un disparo y una luz vivísima se elevó hacia el cielo.

Esto causó entre la gente del buque la consiguiente alarma.

—¡La policía! ¡La policía! — empezaron a gritar corriendo de un lado para otro.

Jochen se dio cuenta de que alguien ex-



La policía se hizo dueña de la situación.

traño a los suyos se hallaba a bordo y elevó la vista al aire. Por entre los cordajes vio la silueta de un hombre y rápidamente trepó escala arriba.

Pronto se encontraron frente a frente los dos hombres. Klans estaba al extremo de la jarcia, pronto a defenderse. Jochen avanzaba lentamente. Estaban a más de veinte metros de altura.

A Klans se le había caído el revólver. En

la mano de Jochen brillaba siniestramente la hoja de un puñal. Agazapado en su extremo, Klans esperaba la acometida.

Jochen lanzó un grito de rabia y su mano dejó caer el puñal. Entonces, con furia ciega atacó a Klans y los dos hombres lucharon brevemente hasta caer al mar.

Las lanchas ya habían abordado al buque fantasma y después de un tiroteo muy nutrido, la policía se hizo dueña de la situación.

Martín, en la cubierta había luchado como un valiente. Acosado por dos o tres marineros, no pudo ir en auxilio de Klans, presenciando su lucha con el pirata.

Minutos después los policías celebraban su triunfo, viendo el desfile de los piratas convenientemente amarrados.

—¿Dónde está Hausen? — preguntó Martín. Se le buscó y no se le encontraba. Por fin, desde una de las embarcaciones contestaron que le habían sacado del mar con un brazo herido.

Jochen pereció ahogado.

A la mañana siguiente desembarcaron Klans y Martín en el puerto.

—Ahora vamos al hospital a que te compongan ese remo — dijo Martín.

—¡Ca, hombre! Ahora nos vamos a casa. Ella nos preparará un café bien cargadito.

Mientras ellos se dirigían a su casa bro-

meando, estaban bien ignorantes de lo que ocurría a Betty en aquel momento.

Se había presentado en la casa Lilly preguntando por él.

—Su marido ha estado esta noche luchando con los del buque fantasma.

—¡No es cierto! — dijo Betty que no tenía la menor noticia.

—Tan cierto como estamos hablando usted y yo. Aún podría darle noticias peores, pero ya lo sabrá usted.

Lo inesperado de esta noticia, y las insinuaciones que le hacía la desconocida, atemorizaron a Betty.

—¿Quién es usted? ¿Por qué viene usted a decirme esto? ¿Qué se propone usted? — dijo Betty.

Lilly avanzó hacia ella con los labios apretados con rabia; sus ojos estaban encendidos por el odio:

—Yo quiero vengarme.

—¿Vengarse de qué? — preguntó Betty sin comprender.

—¿Usted ama a su esposo? Pues yo también amaba a un hombre con locura y él lo ha matado. ¡Por eso quiero vengarme!

Betty lanzó un grito. Lilly esgrimía una pistola y la apuntaba, pronta a disparar. Sonó un disparo.

Klans y Martín, que subían ya la esca-

lera, oyeron perfectamente el tiro. Se quedaron parados.

—Un tiro. Parece que ha salido de mi casa.

—Sí: eso parece.

Entonces Klans observó que la llave estaba puesta en la cerradura y la puerta abierta. Penetraron alarmadísimos en la casa. Klans se dirigió al salón y Martín le siguió. Ni el uno ni el otro vieron a una mujer, que sigilosamente salía de detrás de un portier y que se dirigió a la puerta de salida, abandonando la casa.

Betty estaba tranquila. Sólo se alarmó al verle entrar con el brazo en cabestrillo.

—¿Qué te pasa? ¿Quién te ha herido? — dijo Betty, arrojándose en sus brazos.

—Sí, verás... Fué un auto, ¿sabes? — balbuceó Klans.

—¿Por qué mientes, Klans? — dijo Betty, reconviniéndole con una mirada.

—¡Eh?...

—Lo sé todo.

—Bueno, adiós — dijo Martín escurriendo el bulto.

Martín era un filósofo y sabía que las querellas matrimoniales, entre dos que se quieren, se dirimen en la soledad de dos en compañía...

FIN

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanagues 1935

30 céntimos
ejemplar

Mickey Mouse	Betty Boop
Los tres cerditos	Juanito Milhombres
Bimbo	El gato Félix

Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de Jauja
Carnaval Infantil
Noche de Brujas (Betty Boop)
Milhombres cow-boy
La Cenicienta (Betty Boop)
Aladino o la lámpara
maravillosa



Fábulas

El león y el ratón
La cigarra y la hormiga

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.